

## SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 273. — La reconstitución, por don G. M. Seco, coronel de Infantería pág. 276.—Detalles de organización militar (conclusión), por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros; pág. 282 —Sección Bibliográfica: La fortificazione permanente é la guerra di fortezza, traducción de E. Rocchi; pág. 287.

Pliegos 69 y 70 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 25 y 26. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

---

### CRONICA GENERAL

EL PROBLEMA ECONÓMICO MILITAR.—SUBDIVISIÓN DE LOS GASTOS EN EL PRESUPUESTO DE LA GUERRA.—LO QUE VERDADERAMENTE FALTA PARA LA REGENERACIÓN.—LA INSTRUCCIÓN SOBRE EL TIRO DE LA CABALLERÍA ITALIANA.

Estamos, al parecer, abocados á que se discutan minuciosamente los gastos militares que deben figurar en el presupuesto de la nación; y aunque en las deliberaciones parlamentarias pesan más las personas que las razones, bueno es examinar, siquiera sea ligeramente, el problema económico del ejército, para orientarnos entre lo mucho que quizá se hable á propósito de este asunto.

Aunque nuestro deseo sería, como es natural, que los servicios militares resultaran espléndidamente dotados, hemos de convenir en que la situación del ejército, después de las últimas campañas, no es muy propia para sustentar con arrogancia opiniones, sino que más bien le corresponde solicitar con buen deseo la corrección de vicios arraigados en su seno, vicios que las guerras han puesto de cuerpo presente. Dentro de esta situación, si no humilde, cuando menos modesta, debería el ejército explicar con detalle el fundamento de su presupuesto, para que el país, ó por lo menos la opinión imparcial del mismo, estuviera en el caso de juzgar con acierto en asunto tan espinoso.

Realmente, el presupuesto de la guerra, enorme, colosal, desproporcionado, completamente desligado de las necesidades de España y de sus recursos económicos, se halla constituido por tres grupos de gastos, que para mayor claridad convendría separar, pues de este modo se podría quizá llegar mejor al equilibrio económico, en lo que á las cosas de la guerra se refiere.

El primer grupo de gastos está constituido por las necesidades permanentes del ejército que la España actual puede y debe racionalmente mantener. En un país en el que se concediera á la reflexión mayor espacio que en la nuestra, claro es que por ahí debería empezarse: por determinar la composición y fuerza del ejército nacional, *olvidando los elementos que hoy existen en él*, y sólo recordando el aspecto militar del asunto, para que la solución fuera lo más perfecta posible. De este modo, se vería que el grupo de gastos á que nos referimos no pasaría de unos 80 millones de pesetas; cifra que no podría asustar al contribu-

yente y con la cual se puede mantener sobre las armas un ejército bien instruído, armado y equipado.

El siguiente grupo de gastos está formado por lo que arroja en contra el saldo de generales, jefes y oficiales creados durante las últimas campañas, más el de los que sobran por el lujo de algunas plantillas, complicación de los servicios, etc., etc. Este grupo de gastos se lleva buena parte del presupuesto de la guerra; pero, si entre nosotros hubiera formalidad, nada más fácil que decirle al Parlamento: no es justo que la generación actual pague los vidrios rotos por muchas generaciones; de modo que el ministerio de la guerra ó el de hacienda contratarán un empréstito para pagar los haberes al personal excedente, durante el período de amortización de dicho personal. Esta amortización puede durar, por ejemplo, 10 años, si ha de ser radical y completa; pues bien, al empréstito se le fijará un período de amortización de 30 años, y, teniendo en cuenta que los haberes de los excedentes irán disminuyendo en progresión muy creciente, nada más fácil que demostrar que la anualidad que habrá que cargarse en cada uno de los 30 presupuestos será relativamente insignificante, con lo cual no tendrá que soportar todo el peso el contribuyente de hoy.

El tercer grupo de gastos está formado por los que exigen la defensa del territorio, el acuartelamiento y los campos de instrucción. Como aquí no suele ponerse barandillas sino en los puntos donde ha habido desgracias, y desgracias recientes, hoy no pensamos más que en la defensa de las costas. Ni existe ya Francia, ni Inglaterra ama á Portugal con cariños que matan, ni el soldado se muere en el ejército por falta de higiene, ni el recluta regresa á su casa como de ella salió, ni hay ya más que costas, y costas defendidas con planes colosales. Más calma, y más perseverancia requieren esos asuntos. No hagamos castillos en el aire; pongamos, *todos los años*, en el presupuesto de la nación una cantidad bien meditada para realizar tales ó cuales obras, para fabricar éstas ó aquellas piezas. Publíquese en el *Diario oficial* la distribución minuciosa de lo votado; quede el importe total é *íntegro* de la obra ó piezas de que se trate á disposición de quien debe dirigir la construcción, y se verá cómo, con perseverancia, votando cada año cierto número de piezas, baterías, fuertes, cuarteles, hospitales, campos de instrucción ó lo que sea, la situación general mejorará sin asustar al contribuyente, antes al contrario favoreciendo, al calor de aquellas obras y fabricaciones, las industrias útiles del país. Mientras con esa calma, esa reflexión, esa seriedad no se proceda, creemos, hoy como siempre, que la regeneración del ejército se halla atascada, no por falta de metales como el oro ó la plata, sino por déficit de un metaloide, el fósforo.

\*  
\* \*

La importancia que en todas partes se concede á la instrucción del tiro demuestra con toda evidencia que los militares de todos los países se hallan convencidos de que el fusil moderno, y aun toda la infantería, resultan un mito si no se atiende al hecho primordial de hacer de cada soldado un tirador. Efectivamente, si del mayor alcance del fusil de pequeño calibre no ha de sacarse más partido que aumentar las distancias en el combate y acrecentar con esa distancia los desvíos debidos á las punterías erróneas, evidente es que el progreso re-

sulta nulo y la transformación del armamento perjudicial, como de ello no falta quien puede dar pruebas irrefutables.

Los reglamentos que las potencias militares vienen publicando, las prácticas de tiro que en todas partes se realizan son ejemplo y demostración de esto que decimos. Pero conviene fijarse en que se pide aun hoy más que todo esto, procurándose que no sólo en la infantería sino también en los cuerpos de caballería abunden los tiradores escogidos. El servicio peculiar de esta arma, destinada á operar casi siempre en pequeñas patrullas, hace necesario que sepa el jinete hacer uso de la carabina, y de aquí que la enseñanza del tiro adquiera en ella un desarrollo que no siempre tiene entre nosotros.

El reglamento italiano sobre la *Instrucción del tiro de caballería* puede servir para dar idea de como entienden este asunto en el extranjero. Los cuerpos del referido ejército tienen derecho anualmente á 86 cartuchos de guerra y 50 cartuchos de fogueo por cada jinete armado de carabina; y á 40 y 24 cartuchos de cada una de las clases dichas para cada jinete armado de revólver. Además, para emplearlos en las revueltas populares, los cuerpos usan *cartuchos de metralla*, que, en una carga de 1,50 gramos de balstita llevan un proyectil formado de diez segmentos, de plomo endurecido, encerrados en una vaina de latón, que está cerrada por la parte anterior con la punta de una bala ordinaria.

Los jinetes aprenden el tiro desmontados, haciendo disparos por series, cada vez en posiciones más incómodas, y sobre blancos fijos, blancos de eclipse, etc. A caballo sólo emplean cartuchos de fogueo, cuando menos en la primera parte de la instrucción. Los buenos tiradores obtienen premios en metálico, recibiendo el nombre de *tiradores escogidos* los que cumplen con determinadas condiciones que fija el reglamento. Este no olvida el tiro colectivo, al que dedica cuatro sesiones: en la 1.<sup>a</sup> se disparan seis cartuchos por plaza, haciendo fuego á voluntad á las distancias de 800 á 1.100 metros; en la 2.<sup>a</sup> sesión se hace fuego en las mismas condiciones, pero por descargas; en la 3.<sup>a</sup>, se hace fuego acelerado sobre blancos situados de 250 á 500 metros y con la bayoneta armada; en la 4.<sup>a</sup>, fuego rápido en condiciones análogas, pero aumentando la distancia. Concursos de tiro, premios á los que aprecian mejor las distancias, reglas dictadas á los oficiales instructores, todo es digno de ser leído y meditado, y sobre todo de ser imitado, si hemos de poder contar con la caballería en las guerras futuras, haciendo que desempeñe en ellas la tarea que corresponde un arma á la que nos empeñamos en no querer transformar como es debido.

NIEMAND

18 de Septiembre de 1899.

---

## LA RECONSTITUCION

## I

## INTRODUCCIÓN

Aun cuando nuestros defectos, nuestros errores, los hechos ocurridos en nuestras últimas guerras, las torpezas cometidas por nuestros adversarios, lo que debimos y pudimos hacer, y los resultados que hubiéramos obtenido siguiendo distintos derroteros, saltan á la vista de quien sea imparcial, tenga sentido común, y no carezca de vigor en su modo de pensar y de juzgar: resultaría curiosa, instructiva y útil, la formación de un resumen histórico crítico, fríamente desapasionado, que pusiera de relieve la responsabilidad que alcanza, respectivamente, al pueblo y al ejército, á los políticos y á los indiferentes, á la generalidad y á las colectividades, á los altos y á los bajos, á cada uno, en fin, de los españoles, que, directa ó indirectamente, han intervenido en los hechos ocurridos, por medio del voto, ó por la emisión de opiniones, ya en el mando, ya en la obediencia, en el manejo de caudales; en el ejercicio de derechos legales ó de funciones públicas, en la manera de tributar, etc. etc.

Para llevar á cabo tal empresa, sería preciso tomar por base el estado moral y el vigor físico de nuestro pueblo, y seguir paso á paso al ciudadano, desde que, saliendo del seno de aquél, nace á la vida pública, se pone en relación con el Estado, é influye poco ó mucho en la marcha de los negocios nacionales.

Por mi parte, renuncio á emprender semejante obra: y, para tal renuncia, me fundo en tres razones, á cual más poderosa. La primera, es que en España para vituperar á unos, hay que alabar á otros, para que no falte algún apoyo en la opinión pública; y tal parcialidad no se aviene con mi carácter. La segunda, que, ejerciendo funciones oficiales subalternas, sería en mí un acto contrario á la disciplina formar juicio acerca de hechos en que intervinieron las más elevadas autoridades de la nación. Y la tercera, que siguiéndose procedimientos, por distintos Tribunales, para depurar algunos de los hechos aludidos, no es prudente ni acertado discutirlos.

Pero, aunque me abstenga de formar el resumen de los hechos, y de mis juicios personales acerca de ellos, me permitiré resumir las espantosas recriminaciones que, mutuamente, se dirigen personas, corporaciones, clases y partidos, porque ningún daño hay en repetir cuanto se ha publicado á son de trompeta, y porque quiero hacer constar el estado moral de la nación, como prueba irrecusable de la necesidad de tomar enérgicas medidas, que, en lo posible, eviten á la Patria nuevos y grandes peligros.

Los indiferentes acusan á los políticos, de que, con sus ambiciones mezquinas, sus apostasías, su mercado de conciencias, su falta de patriotismo y de energía, han causado la desmoralización y la debilidad del pueblo; y los políticos, á su vez, acusan á los indiferentes, de que con su excepticismo han destruído todos los ideales.

Se echa en cara á los carlistas que, durante casi todo el siglo, han causado la pérdida de torrentes de sangre y de oro, en luchas intestinas; á los conservadores, que no tuvieron inteligencia ni energía para plantear, hace cuatro años, el problema del abandono de Cuba, ó la guerra inmediata con los Estados Uni-

dos; á los fusionistas, que por adular á los electores con sus presupuestos de la paz, motivaron la insurrección cubana; á los republicanos, que con sus utopías humanitarias y cosmopolitas, en época en que sólo impera el derecho de la fuerza, han destruído el patriotismo y los instintos guerreros, que eran inagotable manantial de la energía de nuestro pueblo; y á los regionalistas, que, por multiplicar organismos en que tengan cabida los ambiciosos de provincia, van buscando la disolución del Estado.

Las referidas acusaciones, en una ú otra forma, aparecen en toda la prensa política, á la cual me remito, en garantía de que no he puesto nada de mi cosecha.

Por los resultados de la guerra, las recriminaciones no son de menor cuantía: con respecto á lo ocurrido en Filipinas, los partidarios del clero regular culpan á los masones de haber excitado y organizado la insurrección malaya; y éstos, á aquéllos, de que con sus errores, y con su falta de sumisión á las autoridades constituídas, han sembrado discordias y rencores, que fueron vientos que trajeron tempestades. La conducta de esas mismas autoridades, en nuestras colonias, no ha sido menos discutida, llegándose, con unos y con otras, á inculpaciones tan bochornosas, que ni siquiera me atrevo á repetir las.

Ha habido escritores públicos, alguno de los cuales llegó á ministro de la corona, que acusan á nuestro pueblo de haber perdido todo ideal religioso, patriótico ó político, todo respeto á la autoridad de cualquier clase que sea, toda disciplina social, toda pasión grande y generosa, considerándolo como dominado por un egoísmo que sólo le permite ocuparse de su bienestar material, llegando al extremo de comerciar con el voto, que suele vender á mezquino precio.

Entre políticos, militares, marinos, cámaras de comercio, etc. no son menos duras las especies que se cruzan.

En la imposibilidad de entrar en todos los detalles de esta campaña triste y demoleadora, voy á limitarme á repetir algunas frases y acusaciones, que, ya por la importancia de las personas que las han emitido, ya por su influencia sobre la marcha de los acontecimientos, han alcanzado la mayor notoriedad.

El señor general Correa ha manifestado en las Cortes, que había pueblos preparados á recibir con bandera blanca al enemigo; y «El Correo Militar» ha hecho igual ó parecida inculpación al barcelonés señor Girona.

«El Herald» comparó las cinco ó seis recompensas concedidas por los yankees, durante su guerra victoriosa, con las 92,000 (que posteriormente se han hecho subir á más de 200,000) concedidas á los españoles. En «El Correo Militar» un escritor que firmaba con el anagrama *Rogelio Cuesta Romani*, respondió á este ataque, comparando los enormes sueldos otorgados á las tropas norteamericanas, con el humildísimo socorro que España administra á sus soldados.

El señor Sol y Ortega pronunció en el Congreso un discurso, encaminado á demostrar el desprestigio de instituciones tan importantes como el Parlamento, el Ejército y la Armada; y, del extracto hecho por «El Correo Militar» copio estas frases:

«El país, en su escepticismo, niega condiciones de gobierno á todos los que nos sentamos en estos escaños, porque ha perdido la fe en todos los políticos,

así monárquicos, como republicanos.» «El país ha llegado à tal escepticismo, que à todos nos condena.» «Ha habido Oficiales, Jefes y Generales, que han chupado la sangre del soldado.» «El país, que ha visto llegar los soldados hambrientos, ha visto venir à los Oficiales, Jefes y Generales, en perfecto estado de salud. Y el país ha visto que coincidía con la llegada de los repatriados la baja de los cambios, porque en las casas de cambio había un exceso de oro. Y el país ha visto fortunas improvisadas, y ha perdido la confianza en el Ejército.» «El país cree que en estos últimos años ha habido tal cúmulo de inmoralidades, que en la Marina hay un verdadero Panamá.»

Entretanto, el señor Conde de las Almenas, en el Senado, acusaba y sigue acusando con insistencia à cuantos generales han ejercido mandos durante las últimas guerras.

Y *El Capitán Verdades* hizo repetidas denuncias sobre la conducta militar y administrativa de diversos oficiales, algunos de éstos, de alta graduación.

Respecto à estas acusaciones que tan ofensivas fueron para el honor del ejército, se ha observado un fenómeno notable: al empezar la insurrección cubana, bastó que un periódico pronunciase algunas frases molestas, à propósito de los sorteos de oficiales, para que los subalternos, considerándose ofendidos, derribasen el Ministerio; después, ha oído con profundo silencio aquellas horribles y vergonzosas acusaciones, ha tomado datos, ha formado tribunales de honor, y ha expulsado numerosos individuos, à quienes considera indignos de vestir el uniforme.

El ejército en mi concepto, al no querer vengar la afrenta, valiéndose para ello de la superioridad de la fuerza material, y al limitarse à castigar à sus propios compañeros, directamente acusados, ha dado una prueba indubitable de acierto y de amor à la justicia.

Pero continuemos nuestro resumen.

Prescindiré de cuanto se habla de las Aduanas, de las Diputaciones provinciales, de los Ayuntamientos, de las ocultaciones, de los caciques, del comercio, de la prensa política, del modo de hacer las elecciones para diputados y el reclutamiento para el ejército; porque todo esto pierde su importancia, comparándolo con frases y conceptos que he copiado anteriormente; y voy, para terminar este calvario, à fijarme en una particularidad desconsoladora.

Hay convencionalismos, à los cuales jamás se falta; por ejemplo: considerando indisolublemente ligadas las ideas de santidad y de maternidad, se supone siempre que toda madre es honrada; aunque la conducta de algunas de ellas deje mucho que desear. En caso análogo se hallan las virtudes del soldado, que, ni aun en los mayores desastres, son negadas, reservándose todas las inculpaciones à los que ejercen el mando.

Pues, bien, en España, hasta ese universal convencionalismo ha sufrido quebranto.

Es verdad que no se han negado à nuestro soldado las cualidades de valor, abnegación, subordinación y sufrimiento; pero no sucede lo mismo con otras cualidades nó menos necesarias; y, en prueba de ello, voy à citar opiniones de un capitán General, dos ministros de la Guerra, y un Jefe que, à la vez, es escritor militar acreditado.

El señor general Primo de Rivera ha manifestado que los cobardes é imbé-

ciles tagalos (que tanto nos han hecho cavilar) sólo poseían catorce ó quince mil fusiles (1); y, en el Senado, leyó el párrafo de una carta del señor general Correa, Ministro de la guerra, en que éste hallaba preferible admitir voluntarios de la inferior y débil raza malaya, á continuar enviando nuestros «mal llamados soldados»; además, ha manifestado que «el mismo Portugal, apoyado por Inglaterra, puede provocarnos y vencernos.» Y, aquí, es evidente que se trata de un apoyo moral, pues, de no ser así, el señor Primo de Rivera hubiera dicho que Inglaterra y Portugal, aliados, nos podrían derrotar, lo cual es muy distinto, y más comprensible.

El Jefe que, después de combatir en Cuba y Filipinas, escribe bajo el pseudónimo de *Critón*, dice que es necesario tener pocos ó muchos soldados; pero bien preparados para la guerra; y pone en boca del señor general Polavieja (actual Ministro) en ocasión de recibir los refuerzos enviados á Filipinas, éstas ó parecidas palabras: ¡Qué lástima que, entre tantos hombres no venga un solo soldado!

Esto, en otra forma, ya lo indicó un ilustradísimo escritor en la «Revista Científico-militar» al sentar el principio de que *un hombre no es un soldado* cuando se enviaban cientos de miles de hombres á las colonias.

Es decir, que, después de haber perdido la fe en el patriotismo y la energía del pueblo; en la honradez de las instituciones de origen popular, del comercio y de la Prensa; en la lealtad de los partidos políticos; en la capacidad de los ministros y de los generales, y en la probidad de los funcionarios militares y civiles, ya se empieza á perder la confianza en el soldado, que es la base más firme de la independencia y del honor de las naciones.

Volviendo sobre una idea emitida al principio de este artículo, ¿puedo y debo discutir lo que tengan de cierto ó de falso esas afirmaciones bochornosas?

En su parte política y sociológica, nó, porque quiero, en lo posible, evitar la invasión de un terreno que no es el mío; en la parte militar, tampoco, porque además de otras razones dadas en párrafos anteriores, podrían faltarme algunos datos indispensables para formar juicios exactos.

Además, cualquiera que fuese una opinión militar emitida por mí sobre tales imputaciones, sería tachada de parcialidad, porque visto el uniforme, y no puedo ser juez y parte. Por ejemplo: supongamos que discuto las 200,000 recompensas concedidas; y se dirá, si voto en pro, que defiende la conveniencia de la clase; si voto en contra, que me ciega la envidia de la fortuna ajena; si doy un parecer transigente, entre ambas opiniones extremas, que me falta valor para decir mi opinión franca y resuelta.

Así, pues, me limitaré á hacer una observación y una protesta, á propósito de esas escandalosas recriminaciones.

La observación es que cada cual dirige al vecino las imputaciones que le

(1) Sabida es la forma tímida con que los oficiales de poca graduación indican ciertos hechos: el capitán señor Calero Ortega, mucho antes que el señor general Marqués de Estrella, vino á decir lo mismo: decía que el servicio de las trincheras tagalas era perfecto, pues, para cada fusil, había cuatro ó cinco hombres. Esto, traducido al lenguaje vulgar, quiere significar que sólo la cuarta ó quinta parte de las fuerzas insurrectas poseía fusiles.

parece, y niega las que le dirigen á él, sin duda por aquello de que se ve la paja en el ojo ajeno, y nó la viga en el propio.

Y protesto que, en lo que esas recriminaciones tengan de ciertas, sobre los culpables, y en lo que tengan de falsas, sobre los calumniadores, deben caer las maldiciones de las gentes honradas, porque unos y otros son causantes del bochornoso abatimiento de la Madre Patria.

Para la conservación de ese santo ídolo que se desmorona, en la humilde posición de un oscuro coronel, y en el aislamiento de quien no encuentra eco de su modo de pensar y de sentir, yo nada puedo hacer; y hallo difícil que otros en posición más elevada, con más capacidad, y con numeroso séquito de admiradores, puedan hacer mucho más que yo ó que cualquier otro, porque no hay manera de devolver el vigor de la juventud al hombre ni al pueblo que han llegado á la ancianidad. El único alivio de los dolores, cuando la decrepitud avanza, y la muerte se aproxima, el hombre lo busca en el narcótico; y el pueblo, en el egoísmo.

Dichosos los pueblos que, como España, cuando son invadidos por la debilidad, por la impotencia, por las miserias y por la corrupción de la decrepitud, pueden consolarse y adormecerse recordando las legítimas glorias que adquirirán, al cumplir heroicamente la elevada minoría que la Providencia les señaló en los destinos de la humanidad.

Y no hay que forjarse ilusiones, como las que ha alimentado algún escritor público, al comparar nuestra época con la de Enrique IV.

Como los hombres adolescentes, los pueblos jóvenes que están en el período de su desarrollo, sufren enfermedades agudas, peligrosas; pero que suelen curarse rápidamente, determinando un aumento de desarrollo, en la convalecencia.

El pueblo castellano del siglo XV era joven y vigoroso; por efecto de la lucha iniciada por don Pedro, con el pueblo, contra el feudalismo, momentáneamente vencedor éste, que se agrupó en derredor del bastardo rebelde y fratricida, don Enrique hubo de sostenerse, corrompiendo la aristocracia por el sistema de las *mercedes ó recompensas*, que siempre dan el mismo fruto; y un rey enfermizo, otro apático y otro, impotente, parecieron determinar el fin del nuevo pueblo, por medio de los desórdenes de la nobleza; pero la enfermedad, causada por plétora de sangre turbulenta, y que sólo alcanzó á uno de los miembros de la nación, se curó con el sencillo derivativo de la conquista de Granada, base de la unidad de España, y, lo que fué más importante, lazo de unión de todas las voluntades encaminadas á un fin patriótico y glorioso, bajo la dirección de dos monarcas hábiles, enérgicos y perseverantes, que supieron aprovecharse de la robustez del doliente, para curarle de un modo radical.

El miembro enfermo no fué amputado, sino aprovechado en trabajos útiles, no permitiéndole movimientos desordenados, y sometiéndole al descanso de la inacción después de terminado un trabajo duro...

Así, fueron más ó menos anulados hombres de la talla de Cristóbal Colón, Gonzalo de Córdova y Hernán Cortés, habiendo demostrado la experiencia, que las ambiciones de los grandes ponen en peligro la vida de los pueblos.

Hoy, por desgracia, la enfermedad crónica, desde hace dos siglos y medio, es la pobreza de sangre, el linfatismo propio de la vejez, que no ataca á determinado miembro, sino á todo el cuerpo de la Nación, que ya no tendría fuerzas

para seguir la marcha perseverante, ni para ejecutar los audaces designios de otros Reyes Católicos que intentasen devolverla su antiguo esplendor.

Sin embargo, es deber de los pueblos, como de los hombres, prolongar todo lo posible una existencia cuyo desarrollo costó tantos afanes y tantos sacrificios y que todavía puede rendir trabajo útil para el progreso humano.

En este concepto, cada patriota, en la medida que alcancen sus fuerzas, está en el deber de proponer los medios que considere conducentes al alivio de los males de la Patria; y, si sus conciudadanos los estiman acertados, y tienen aún virtud para ello, obligados están á adoptarlos, por doloroso que sea el sistema propuesto.

Yo, el más insignificante, ignaro y humilde, pero nó el menos amante de esa pobre Madre, antes espléndida y hermosa, hoy devorada por la consunción y entristecida con la conducta de sus ingratos hijos, voy, como pueda, á cumplir ese deber.

## II

### DESINFECCIÓN GENERAL

Un ejército no formado por mercenarios extranjeros, es, en cualquier forma que esté organizado, una parte integrante del pueblo que lo nutre; y en él, en su organización, en su espíritu, en sus tendencias, en sus virtudes y en sus vicios, han de reflejarse necesariamente las cualidades y el modo de ser de ese mismo pueblo, porque es incontrovertible y axiomático, que cada cosa engendra su semejante.

En este concepto, para regenerar un ejército que se considere mal organizado, enviciado ó decadente, ha de comenzarse por regenerar el país en que se nutre.

Por esto, cuando á los militares nos piden reformas en lo concerniente á nuestra profesión, estamos en el caso de exigir que las reformas empiecen en los elementos civiles, teniendo derecho, tanto ó más que cualquier otro ciudadano, á señalar las reformas de carácter general, que puedan ejercer beneficioso influjo en la constitución de la fuerza armada.

Así es que voy á empezar, como es lógico, por la base, por las reformas que creo indispensables en lo civil, para entrar, después, de lleno en las de carácter militar; pero se comprende que, escribiendo para una publicación que no es política, y apartado yo mismo de la lucha de los partidos, me he de limitar á asuntos puramente administrativos, sin preconizar tal ó cual sistema de gobierno como remedio de los males de que adolece nuestra sociedad: lejos de esto, creo que tales sistemas no pueden ser aplicados arbitrariamente, sinó que son resultado inevitable de la época y del estado de cada país; observándose que, si se desarrolla en condiciones favorables, no hay forma de gobierno que no pueda elevar un pueblo al más alto grado de esplendor: la aristocracia, en la antigua Roma y en Venecia; la democracia, en los Estados Unidos; la teocracia, en la Roma de la Edad Media y en el moderno Japón; la monarquía despótica, en la España del siglo XVI; la monarquía representativa moderada, en Alemania; la misma monarquía, más progresiva, en Inglaterra; la autocracia, entre los

musulmanes y en la moderna Rusia, todas dieron excelente resultados; hasta la peor forma, el feudalismo, tuvo días de gloria en aquella corona de Aragón, que predominó en el Mediterráneo. Por lo tanto, prescindiremos de discutir colores políticos que, hoy por hoy, no han de regenerar los enfermos organismos de nuestra desgraciada Patria.

La parálisis lejos de simbolizar la vida, puede conducir á la muerte; por consiguiente, la indiferencia política quizá no fuera el mejor remedio para nuestros males; pero la Administración pública y el poder legislativo, bajo pena de deshonra propia y de la Patria, están obligados á tomar las medidas necesarias para que la política no pueda tener por objeto la satisfacción de ambiciones bastardas, y sí sólo el bien de la Nación.

Para esto, lo primero que se ocurre á quien tenga sentido común y verdadero amor á la moralidad, es redactar leyes que quiten á los Poderes públicos todo medio de ejercitar el favoritismo; y á los funcionarios, la posibilidad de prevaricar, sobre todo, en los organismos cuyas impurezas puedan causar mayores males.

El primero de estos objetos, se conseguiría inmediatamente con una ley de empleados públicos, y otra de destinos, encaminadas á quitar á las autoridades toda intervención en la suerte de los funcionarios.

G. M. SECO.

Coronel de Infantería.

(Continuara.)

---

## DETALLES DE ORGANIZACION MILITAR

(Conclusión.)

Respecto al material de acuartelamiento no se pueden tener grandes exigencias que aumentarían considerablemente el presupuesto de guerra, pero á la verdad resulta incomprensible que sólo se use para relleno de jergones el esparto y la paja, cuando existen la crin y la fibra vegetales, materias de poco coste y con las cuales resultarían las camas más blandas que en la actualidad, siendo muy cómodas (la crin y la fibra) para el transporte y almacenaje, acondicionándolas en paquetes prensados y atados con alambres.

En lo relativo al Cuerpo de Sanidad militar, también habría que aumentar mucho el material existente, pues nuestro ejército no tiene todos los carros de ambulancias que serían necesarios, y á los parques sanitarios falta el desarrollo que se necesita en las modernas campañas, en las que se producen á veces bajas por millares, y bien se comprende que no se debe retroceder ante sacrificio ninguno, que tienda á mejorar la triste situación del que cae herido en el campo de batalla. La benéfica institución de la Cruz Roja puede ayudar algo, pero en muchas circunstancias no bastará su valioso auxilio, pues habrá casos en que aún teniendo bien montados los servicios sanitarios y disponiendo de esta ayuda todo será insuficiente. Como detalle final se dirá, que hoy que ya parece que el servicio militar obligatorio en breve será un hecho, podría en campaña destinarse á cada compañía un soldado que tuviera la carrera de médico, el que en estos

casos se asimilaría á segundo teniente en lo relativo á sueldo y consideraciones, sin derechos militares ulteriores, pues bien se comprende que no bastará en ocasiones un médico por batallón.

Por lo que se refiere á las tropas de estos cuerpos, podría organizárselas en la forma siguiente:

*Administración militar.*—Podría constar de cuatro brigadas de á seis compañías cada una, montadas ó á lomo, según el terreno en que cada una tuviera que prestar sus servicios.

*Sanidad Militar.*—Análoga á la anterior.

*Cuerpo del tren de transportes.*—Se supone que lo constituirían dos batallones de á cuatro compañías cada uno.

#### REMONTAS

Es imposible en la corta extensión de un artículo tratar este asunto con la amplitud debida. Es un hecho que nuestra raza caballar desde hace mucho tiempo, va degenerando, y en cambio las de otros países de clima menos aventajado, para el caso que nos ocupa, que el nuestro, han ganado mucho, merced á constantes esfuerzos y bien entendidos trabajos efectuados para mejorar la especie.

En esta cuestión no basta el interés del ramo de guerra para obtener buenos resultados, pues se necesita que el ministerio de Fomento fije su atención en ello y que además sean secundadas estas gestiones por los ganaderos en primer término y la gran masa de agricultores después.

Sería muy conveniente mejorar y aumentar los depósitos de sementales en un número triple al menos de los hoy existentes, estableciéndolos anexos á granjas modelos, porque es impropio de oficiales del ejército estar al frente de tales dependencias: después que llevaran funcionando unos años, el Estado podría prescindir del actual sistema de remontas, comprando los potros criados y sin domar, con lo que le resultarían más económicos que ahora.

Difundiendo entre los agricultores opúsculos de carácter práctico sobre la cría del caballo y de otros animales domésticos, y sobre el cultivo intenso de la tierra, para que abandonando la cebada y otros cereales, pudiera estar mejor alimentada la especie caballar, ésta mejoraría en beneficio no sólo del ejército sino del país entero. Con yerba exclusivamente se alimentan los potros en algunas regiones y ya se comprende qué productos se obtendrán con tal régimen.

Convendría mucho tratar de hacer desaparecer ó al menos disminuir el ganado mular, pues todas sus ventajas están compensadas con exceso por los inconvenientes de que adolece, de ser estériles y estropearse los caballos ó yeguas que se dedican á esta producción, porque mezclan su sangre con séres de especie inferior: todo ello sin contar su estúpida indocilidad, que á veces los hace indomables.

La carrera de veterinaria tiene más importancia de la que generalmente se le concede y convendría mucho elevar su nivel intelectual y científico, instituyendo además un doctorado que supusiese grandes conocimientos zoológicos, para mejorar, no sólo la especie caballar, sino las de los restantes animales domésticos, como ocurre en otros países, amargo es decirlo, más adelantados que el nuestro. De más provecho serían para España tales doctores, siendo buenos, que otros muy flamantes de que estamos tan sobrados y que no sirven más que.... para lo que todos sabemos.

## MATERIAL DE GUERRA

En las guerras actuales no basta tener hombres armados, se necesitan también infinidad de elementos que han hecho indispensables los modernos adelantos, y se puede asegurar que el ejército mejor provisto de ellos, tiene mucho adelantado para conseguir la victoria.

La instrucción del soldado es obra de semanas, á lo sumo de meses; para la instrucción del oficial se necesitan años, y la adquisición y entretenimiento de un material de guerra completo es labor de lustros.

El enorme personal que ha quedado como reliquia de nuestras desdichadas contiendas, ha pesado de tal modo en los centros directivos, que por esto sin duda no se ha prestado toda la atención que hubiera convenido á tan importante cuestión.

Si la situación de España fuese floreciente habría más facilidad para resolver el problema: en el estado en que nos hallamos todo debe parecer poco para obtener lo que se necesita, bueno y á bajo precio, máxime cuando se ven naciones que viven en la abundancia, no obstante lo cual, observan una severa economía, y bien se comprende cuanto nos importa en esta cuestión, como en todas, ser acérrimos proteccionistas en lo que sea posible.

Se supone también que el fomento del material de guerra habría de hacerse juiciosamente para no gravar los presupuestos con bellas inutilidades ó noveles inventadas por industriales especuladores.

A este fin podría aplicarse una fracción de las economías de que al principio se trató.

## UNIDADES DE COMBATE

Para tratar de la ocupación de éstas se procederá gradualmente de menor á mayor empezando por la

*Media brigada* que se supone constaría de dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería, una batería rodada ó de montaña y una sección de zapadores, ó sean, en números redondos, 2.000 hombres, 200 entre caballos y mulas, seis cañones y 13 carruajes. Bien se comprende que esta unidad no es aceptable más que cuando se trata de guerra de partidas.

## GRANDES MANIOBRAS

Son el complemento imprescindible de la instrucción, pues en ellas todos adquieren nuevas enseñanzas. Ya se comprenderá que es necesario ejecutarlas con verdaderos cuerpos de ejército para obtener resultados satisfactorios, porque las dificultades de concentración, movilización, aprovisionamientos, marchas y acantonamientos, no se pueden apreciar con pequeños efectivos, y se da por supuesto que los primeros años no se obtendrían felices éxitos, pero así se irían limando y puliendo engranajes de la complicada máquina militar, hasta conseguir que funcionase bien: no es necesario decir que á lo que más importancia se diese sería á las marchas estratégicas y sólo se destinaría un día á simulacro de combate, empleando municiones de guerra y disparando contra blancos que figurasen el supuesto enemigo: ya se sabe que el resultado que así se obtuviese, habría que dividirlo por ciento para aproximarse al que resultaría en un combate verdadero, pero siempre de este tiro de guerra, aunque no del todo

exactas, podrían sacarse algunas consecuencias que es imposible deducir empleando el cartucho de foguéo.

Aunque es preciso tener por lo menos todo el material necesario para la movilización del ejército de primera línea, no podrá el Estado en tiempo de paz sufragar los enormes gastos que supone la adquisición y entretenimiento de todo el ganado indispensable para el mismo; pero cada cuerpo de ejército podría tener una fracción, que la permitiera unos años movilizar los parques sanitarios, otros los de administración, ya los parques móviles de municiones, bien el parque de campaña de ingenieros, etc...

De los dos meses de grandes asambleas, podrían dedicarse: dos semanas á la concentración y repaso de la instrucción, seis á marchas estratégicas y gran táctica, y la última se reservaría para el licenciamiento de los soldados que no hubieran de continuar en filas.

Se supone que las grandes masas de tropa se concentrarían en dehesas ó campos á propósito, porque acantonándose en pueblos tienen que estar diseminadas las fuerzas en varios de ellos, pues en uno sólo es imposible alojar un cuerpo de ejército entero, y si unas fuerzas están acantonadas y otras acampadas, tales diferencias pueden dar márgen á rencillas; además, como los terrenos inmediatos á las poblaciones estan en general dedicados á la agricultura, no pueden salir las tropas de las carreteras so pena de ocasionar molestias y daños, que dan lugar á reclamaciones; efectuando las concentraciones en la forma que se indica, se tendría la ventaja, además de otras, de practicar la castrametación. Ya se sabe que la tienda de campaña es incómoda y anti-higiénica, pero por pocos días, y en buena época del año como es el otoño, la estancia en ella sería muy soportable. Se dan por excluidas las tiendas cónicas y doble-cañoneras, por la impedimenta tan considerable que constituirían, y se supone que el ejército adoptaría la tienda-abrigo reglamentaria en otros países, que sólo aumentaría en un kilogramo el peso del equipo del soldado, el cual mediante una sencilla disposición, podría tambien en las marchas utilizarla como impermeable.

Una vez concentrados los cuerpos de ejército en campos *ad hoc*, en ellos podrían construir obras de fortificación, contra las cuales se tiraría al blanco para ver el efecto de los proyectiles de fusil y de cañón, y así serían más fructíferas las escuelas prácticas de artillería é ingenieros.

Es seguro que la fortificación del campo de batalla de día en día adquirirá más importancia. Será imposible que las tropas de ingenieros puedan ejecutar las obras necesarias para cubrir un frente de varios kilómetros, y conviene por lo tanto que el soldado de infantería se acostumbre y aficione á manejar el pico y la pala. Tampoco debería haber inconveniente, dando una instrucción adecuada á los oficiales del arma citada, para que ellos dirigieran las obras que sus soldados ejecutasen, lo que reportaría beneficios que saltan á la vista. Esto mismo es aplicable á las tropas de artillería que podrían muy bien construir los abrigos para sus tropas, ganado y material.

No perderían por ello importancia las tropas de ingenieros, las que, además de ejecutar toda clase de trabajos de fortificación cuando conviniera, tendrían que ocuparse exclusivamente de todo lo relativo á establecer ó interrumpir comunicaciones, como construcción, reparación ó destrucción de ramales de vía férrea, carreteras, puentes, etc...; tendido y repliegue de líneas telegráficas; des-

trucción ó reparación de las mismas; establecimiento y servicio de estaciones telefónicas y telegráficas, eléctricas ú ópticas; explotación y servicio de trozos de línea férrea, trabajos de campamento, y finalmente los trabajos de zapa y de mina, que en general no alcanzarán en las guerras del porvenir el considerable desarrollo que hasta épocas recientes han tenido.

Bien se ve por lo expuesto, que para todos podría haber honrosa ocupación, y conviene recordar que en la guerra el combate es el desenlace del drama, teniendo más probabilidades de ganar la partida los que acumulan más y mejores recursos (que es labor almacenada) y al mismo tiempo realizan todos los trabajos convenientes para allanar la victoria á los suyos y estorbar la del contrario, pues no se vence sólo á tiros.

Lo relativo á subsistencias merecería una atención de todos los momentos, y sería muy meritorio que dentro de un programa determinado, se satisficiesen con toda solicitud las necesidades de la alimentación y descanso de la tropa. Es nuestro soldado sobrio y sufrido, pero no se deben poner á prueba tales virtudes más que en casos extremos, aun por egoísmo, pues si se agotan las fuerzas físicas de las tropas, se aumenta considerablemente el número de enfermos, á los que hay que cuidar con más esmero que si estuviesen sanos, trabajo que no da rendimiento alguno, pues tales hombres, mientras no se reponen, resultan inútiles y hasta embarazosos para un ejército en operaciones.

Como compensación á los mayores gastos y molestias, todo el tiempo que durasen las grandes asambleas, desde soldado á general en jefe se supone que disfrutarían plus de campaña.

#### CONCLUSIÓN

En oposición con las bellas teorías de algunos ideólogos soñadores, la guerra subsistirá sin más diferencia entre los pueblos civilizados y los salvajes, que los primeros se destrozarán de una manera científica (valga la frase), y los segundos llegarán al mismo resultado á pedradas y garrotazos.

Es innegable que nuestra raza posee aptitudes guerreras que no exigen más que ser debidamente encauzadas y dirigidas para conseguir que nuestra nación ocupe el puesto que merece. Sin negar que la guerra de montañas tenga su importancia, es incuestionable que no deben considerarse las guerrillas más que como auxiliares de los grandes ejércitos, que por necesidad tendrán en general los valles por teatro de sus operaciones. Para la guerra en pequeño, tenemos bastante aprendizaje con el que hemos hecho en casi todas las guerras de este aciago siglo; ahora sería conveniente ensayar la guerra con grandes ejércitos que son los que producen resultados decisivos.

Una gran colectividad como es el ejército no puede ni conviene que se ponga en marcha rápidamente; basta que se inicie el movimiento en buen sentido y que no cese la fuerza impulsora de actuar (siempre en buena dirección) para que el movimiento, lento al principio, se acelere y se convierta en rápido después. Sin duda alguna la acción más eficaz será la que proceda de los centros directivos, pero la tarea que hay que llevar á cabo no puede ser obra de una sola persona, ni de unas cuantas, por grandes que sean sus méritos. A esta labor es preciso que coadyuven todos los que visten el uniforme militar.

Nada se ha dicho sobre organización de reservas, aunque tiene una importancia capital, porque lo primero que se necesita es tener un ejército *verdad* de primera línea, compuesto de 200.000 hombres por lo menos, bien instruidos, equipados y provistos de todo lo que necesita la colectividad armada de un país civilizado al empezar el siglo XX.

JUAN LUENGO  
Capitán de Ingenieros.

Logroño 13 de abril de 1899.

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

*La fortificazione permanente e la guerra di fortezza trattate secondo le fonti le più recenti.—Vol. II.—Costruzioni fortificatorie e progetti di più ufficiale dello stato maggiore del genio austro-hungarico.—Traduzione italiana autorizzata degli autori di Enrico Rocchi tenente colonnello del genio coll'aggiunta di note e di due studi intorno ai dati sperimentali sugli effetti delle granate-torpedine e alla resistenza delle opere di fortificazione costiera.*

La REVISTA se ocupó oportunamente en la traducción italiana, debida también al teniente coronel Rocchi, de la primera parte de esta obra (1). La segunda no se debe ya exclusivamente al ingeniero austriaco barón de Leithner, es un trabajo colectivo que han llevado á cabo varios jefes y oficiales (2) del *Comité técnico y administrativo de Viena*. La parte en que vamos á ocuparnos tiene un carácter esencialmente técnico é interesa muy especialmente á todos los oficiales del cuerpo de ingenieros. Consta de tres capítulos á los cuales el teniente coronel Rocchi, cuya competencia en esta clase de estudios es ya muy conocida, ha añadido varias notas y estudios de sumo interés.

El primer capítulo está dividido en dos partes; la primera titulada *resistencia de las obras defensivas*, trata de los efectos del tiro contra los materiales de fortificación: de los obstáculos pasivos (muros, verjas, alambradas) y de los locales á prueba (bóvedas y dinteles). Todo cuanto se refiere á los efectos producidos por los proyectiles en los materiales de fortificación, es sumamente interesante y constituye la base necesaria para la breve organización técnica de las plazas fuertes. Esta clase de estudios podrá constituir con el tiempo una rama de la mecánica de las construcciones; en rigor, los muros y bóvedas que han de resistir los efectos de los proyectiles han de satisfacer á las mismas condiciones que las de una construcción cualquiera, es decir, al equilibrio entre la resistencia que deben presentar y la potencia de las acciones destructoras. Pero como aquí éstas son complejos y obran simultáneamente de distintos modos (choque y explosión) es difícil resolver la cuestión teóricamente y es necesario, como en la mayor parte de los problemas de construcción, recurrir á datos de experiencia.

(1) 5.<sup>a</sup> serie—tomo 3.<sup>o</sup> pág. 47.—*La fortificación permanente y la guerra de sitios*.

(2) El primer capítulo es del capitán Carlos Brandtner, excepto la parte relativa á electricidad debida al capitán Carlos Exler; los capítulos 2.<sup>o</sup> y 3.<sup>o</sup> son del T. C. barón Ernesto Leithner, el apéndice relativo á corazas del T. C. Víctor Tilsch Kert,

Por desgracia, estos son hoy día escasos; y como las experiencias de esta índole resultan muy costosas, será difícil efectuar las necesarias para llegar á consecuencias suficientemente precisas. En la actualidad, por el temor de que las obras resulten débiles, se les da quizá resistencia excesiva, lo cual aumenta el coste de las plazas; pero claro es que hasta que la guerra haya sancionado si los nuevos materiales se emplean debidamente, es difícil formular reglas precisas. De todos modos esta parte de obra que nos ocupa es de gran utilidad y no podrán menos de consultarla cuantos tengan á su cargo la construcción de fuertes.

La segunda parte de este capítulo es también muy interesante. En ella se estudia la apertura de vanos en los muros, ya sea con objeto ofensivo (cañoneras y aspilleras), ya para proporcionar aire y luz; el establecimiento de comunicaciones (puentes, rampas, escaleras, ascensores), el de alumbrado y ventilación, el de las líneas telegráficas y telefónicas; la organización de locales defensivos (casamatas, galerías, caponeras) y de almacenes y depósitos de distintas clases, la de los adarves al descubierto y la de las obras hidráulicas que pueden emplearse para aumentar el valor de la plaza.

El capítulo segundo estudia el empleo de los materiales metálicos. Empezamos por examinar las propiedades de los que hoy día se hallan en uso (hierro, acero, fundición endurecida, metales compuestos) comparándolas tanto desde el punto de vista técnico como en lo que se refiere á la cuestión económica. Describe minuciosamente los principales tipos de cúpulas, afustes acorazados, casamatas y escudos y termina con un interesante apéndice relativo á los materiales empleados en las corazas y los procedimientos más recientes para fabricarlos y aumentar la resistencia.

El tercer capítulo establece la marcha general que debe seguirse para formar el proyecto de una plaza fuerte.

Las notas y apéndices del teniente coronel Rocchi, son todas muy interesantes y aumentan considerablemente el valor de la obra austriaca. Las primeras se refieren á ejemplos de cálculos de penetración de los proyectiles en obras de tierra; al espesor que debe darse á la capa de este material para proteger los locales á prueba; á ejemplos de cálculos para determinar la estabilidad de la parte metálica de los dinteles; á experiencias sobre ventilación; á las condiciones prácticas de iluminación; á la distribución de los depósitos de municiones y á la organización de éstos en *caverna*; á los medios de preservar de la humedad los locales á prueba; al examen de algunas cuestiones relativas á la organización de los adarves; al estudio de varios asuntos relacionados con la resistencia de las corazas, y á las reglas generales para la construcción de baterías intermedias.

Los apéndices son dos; uno relativo á los efectos de las granadas torpedos, según datos de experiencia, y otro referente á la organización de las baterías de costa.

La obra que nos ocupa es altamente útil para el ingeniero militar, que no podrá menos de consultarla en multitud de ocasiones; al traducirla, el teniente coronel Rocchi ha prestado un verdadero servicio á los compañeros de arma que no conozcan, ó conozcan sólo de un modo incompleto, el idioma alemán, y ha demostrado una vez más su reconocida competencia en un asunto que para los ingenieros militares es de capital importancia.—C. B.